

## A dónde el camino irá

Textos de Patricia Lara y Alfredo Molano; poemas de Antonio Machado.  
Dramaturgia y musicalización de Carlota Llano.

La actriz, directora de teatro y maestra Carlota Llano montó, bajo la dirección de Fernando Montes, *Las mujeres en la guerra*, una exploración de la condición colombiana y de la mujer a través de los testimonios de tres protagonistas, que desde diferentes orillas del conflicto, vierten sus pensamientos y sus vidas, para dar una idea de la profundidad de sus vivencias.

Ahora, con *A dónde el camino irá*, la mirada continúa escrutando a las mujeres que han estado presentes en las diferentes luchas, que libra Colombia desde tiempos inmemoriales. El ambiente de la pieza no es otro que el territorio de la realidad y de lo simbólico, intensamente ligados por la palabra oral. Un viaje a las entrañas mismas del infortunio, que hombres y mujeres han vivido al ser arrancados de raíz de sus tierras, su memoria y sus ancestros.

A pesar de lo que se pueda creer, estas mujeres siguen en el camino, no se apartan de sus posibilidades, sienten el peso del pasado pero como punto de partida, de arranque. Recomenzar es su señal de identidad, elegir es su máxima aspiración, empezar a ser su búsqueda suprema.

Ellas, junto con miles de campesinos y hombres de ciudad, en los años recientes, arrastran el peso de las persecuciones y las desapariciones. En el terreno enrarecido por la muerte, los controles territoriales y el secuestro, se mueve la hiriente palabra de las protagonistas. Todo en su vida ha sido determinado por el sufrimiento, existir es el esfuerzo diario por mantenerse cuerdo y, a pesar de todo, están ahí, en medio del largo camino

que seguramente ellos y ellas construirán para no dejarse arrastrar por la tormenta de la ignominia. Son vistos como fantasmas, inmobilizados espiritualmente, tendidos sobre la hierba para ser ajusticiados.

Llamados guerrilleros, paramilitares, pobladores, obreros, militantes, defensores de los derechos humanos, maestros, trabajadores o gente del común, ven materializar su vida en el miedo, elaborado a filigranas por los estrategas del Estado, quienes privilegian la muerte, y por un conflicto que cada vez más, dígame lo que se diga, produce víctimas a granel, regados por los inciertos caminos.

Muchos de ellos quedaron atrapados entre dos fuegos, otros consumen su vida en las estrechas paredes de un refugio; los más, han huido, y cientos tratan de sobrevivir en las calles de las ciudades sin más posibilidades que el rebusque diario. El campo despoblado, los cultivos abandonados junto con las herramientas; y las voces claman por la justicia. En este atormentado panorama emerge el discurso de las mujeres, y el montaje —sólido en casi la totalidad de la pieza—, que Carlota Llano enarbola como una bandera para dilucidar un conflicto que, muchas veces, se mantiene oculto o se minimiza por un discurso retórico y carente de análisis.

Las murallas a la verdad se levantan y se solidifican en las manipulaciones de los poderes. El teatro aquí, en esta obra, rescata la responsabilidad social, se compromete con la palabra de los desposeídos, clama por una visión que no tiene cabida en los medios masivos de comunicación. Está sobre el escenario el universo de la vida dura y de las ilusiones, y una gran actriz que es el medio —profundo, informado, versátil—, para fortalecer los énfasis y los estados de ánimo de las protagonistas.

La línea de actuación y la puesta en escena se concentran en la actriz. Actriz de fuertes dimensiones y fortaleza en la gestualidad, la voz y el movimiento. Se cae en cuenta de que ella es mujer múltiple. Algunas entregadas a la batalla, otras fronterizas entre sus convicciones, su educación, sus lealtades y la necesidad de reconocerse. Cada una tiene una historia que contar, la riqueza de sus textos es la propia vida, el sonido de las pequeñas angustias, la escucha compartida con otros, el aire pesado, la viscosidad amarga de la muerte cercana. Carlota Llano se expande, fluye desde el corazón de las protagonistas. Allí están, devastadas y sinceras, repletas de preguntas; confesiones interiores que van de las cenizas a los volúmenes de energía que les permite sentir nuevamente. La obra es una especie de reconstrucción del espíritu. Tal parece que hablar también contribuye a la metamorfosis, a salpicarse con todo lo que está adentro como un nudo; la telaraña amarrada a los silencios.

Ellas son tejedoras de sueños que se exhiben en el escenario, muestran la piel dura, las cicatrices, el clima difuso y la guerra. Siguen siendo mujeres en la guerra, pacientes, vigilantes del tono del conflicto, confidentes de las posibilidades. No se camuflan, el montaje tampoco. Quizá sea algo frágil en la construcción, mas no en el tono; quizá tenga reparos en la banda musical, mas no en la percepción y la actuación de la actriz. Ella se deja poseer por las otras, una confianza de sensaciones y de sentimientos, es como leer a dos voces y hacer las pausas a tiempo. El texto testimonial, como diría Boal, tiene de suyo la identificación, aquella nomenclatura de la existencia, la materia natural de la convicción.

La obra abre las esclusas del lenguaje que, por no ser legalizado, aceptado, correcto, nunca se ha tenido en cuenta.

Vale decir que el teatro, desde la reacción contra el acartonado estilo del lenguaje correctamente aceptado por las academias, se la jugó a recorrer otros caminos de la expresión y de la estética, lo cual trajo consigo una dramaturgia más centrada en las realidades y puestas en escena con técnicas y estilos no tradicionales. En esta esfera, más evolucionada, es decir no tendenciosa, mucho menos partidista y no sesgada por la falsa percepción de principios inmodificables, se mueven los caminos, los tejidos de la pieza: "el terror se dibuja en mi rostro. Soy demasiado frágil, me pesa la vida".

En aquellas frases no hay cabida para ninguna inclinación. Es el ser que sufre y que vive, muestra sus limitaciones, se conduce de sí mismo y recrimina a la vida con el acero de su propio lenguaje, que experimenta la sensación de no ser capaz de abarcar todo el dolor y todo el dolor vividos.

La obra integra miradas diversas, divergentes, que se mueven por los espacios de la realidad. No da rodeos, encara la vida desde aceras diferentes. Destella lo episódico en una sobria simplicidad que, dicho sea de paso, es la característica del montaje. No simplificación, sino decisión de articular la obra sobre lo más importante de lo testimonial; ceremonia siempre interesante de quien trabaja desde la investigación y, a partir de un universo temático, escoge aquello que se considera fundamental y posee el tono de la pertinencia.

Se podría decir que los testimonios forman parte de la reserva secreta de los pueblos, y el teatro puede darse el lujo de decir que los ha rescatado hace ya decenios. La memoria es la joya de la corona de las culturas. La obra en cuestión decanta los sentidos y aborda el claroscuro de la existencia, redescubre lo que se ha mantenido en el olvido. Igual que lo hicieron en su momento los maestros del teatro colombiano de la modernidad. Todo esto representó el despertar del teatro, la fuente de una dramaturgia que lejos de agotarse ha variado y se ha modificado desde lecturas más plurales de nuestra realidad asombrosa y miedosa.

El camino que tenemos frente es una estación de la historia, la parada silenciosa donde habitó el furor de las pasiones desenfrenadas. La actriz de la obra mezcla estados de ánimo antagónicos y se concentra en su expresión y su convicción para comunicar tensiones y temores de las vidas expuestas al infortunio. De esta forma, el clima fluctúa entre los estados más asombrosos de desesperanza y el optimismo propio de quien sabe que el límite es apenas el principio de otro largo camino, que no se sabe hacia qué lugar los llevará.

Cada estación es ferozmente dialéctica. Los testimonios dejan traslucir los fenómenos que dieron origen al conflicto y todavía se mantienen: la lucha por la tierra, los despojados de sus lugares, la expansión del territorio, las contrarreformas agrarias, los habitantes de los polvorientos barrios de la ciudad, las manipulaciones emanadas de todos los frentes, la impunidad, la ausencia de justicia, la escasa presencia de un Estado que supone a la nación como un pequeño grupo; y camarillas ensañadas en la defensa de intereses particulares.

En el centro de todos los debates están los invisibles, los fantasmas que recorren el país como refugiados. Pues cada uno de ellos tiene historia y vida, inquietudes, necesidades, pequeñas ilusiones. Cada uno es hábitat de la cultura y lugar de presencia.

Las siluetas se van construyendo por el camino, se muestran en su catastrófica existencia, resuelven disputas y danzan entre las llamas del horror. Siguen creyendo en las posibilidades, protegen sus creencias y demuestran que crecieron en el conflicto. Es decir, la guerra, la militancia, la lucha las educó, las puso de cara a otras oportunidades, les impidió ser como todos, borró de sus rostros las heridas notables de la indiferencia. La guerra también puede ser educadora, salvadora, para todos cuantos no han tenido más que ceguera e ignorancia. La guerra, para bien o para mal, cambia a todos los que participan en ella, a algunos los hace valientes a otros los obliga a refugiarse en la cobardía y en el silencio.

Es posible que a la obra le falte algo más que la réplica del testimonio; no obstante, y vista la pieza en perspectiva, tampoco hace falta. Ante todo es una pieza valiente y sincera, dos volúmenes centrales del arte de la expresión. No se anda por las ramas, tampoco mete la cucharada el discurso situacional, o teórico o político. Los testimonios escogidos caen sobre el escenario con calidez y denuncia, dolor y presencia. Calidad no siempre presente cuando el teatro se dedica a explorar la contradictoria realidad del país. Todo ello quiere decir que hay proporciones y equilibrio, dos palabras odiadas por muchos, pero siempre válidas cuando se ingresa en los terrenos del arte escénico.

Se vuelven a escuchar las frases que entrañan el grito, las de la iniquidad, el salvaje y brutal mundo que viven millones de colombianos. Se ubica un lugar de depredadores, se divisa el paisaje de la ruina y el desencanto. En cada momento, lo oral y la convicción que trasmite Carlota Llano, desencadena extraños sentimientos. La pieza no cae en terreno infértil, busca alimentar las sensaciones y se extiende hasta las opiniones y el conocimiento. Desentraña, a menudo, en sus escenas, lo que algunos creen superado o no existente.

Es demasiado tarde para echarse atrás. Al iniciar el recorrido de un camino la suerte está echada, es tarde para volver atrás. Regresar significa morir. Por ello lo único que se tiene al frente es un horizonte de dudas. Situación natural para los perseguidos y los desplazados. Del pasado queda un recuerdo amargo, algunos enseres y el dolor. Salir a toda prisa materializa la naturaleza vital del arrancado de sus tierras.

Las mujeres de la obra han corrido tanto, que la agitación es su condición natural, siempre alertas. Saben que la idea de lugar es solamente un momento de descanso. Mañana será otro día y otro lugar, por ello saben que los caminos se cruzan, unos para bien, otros definitivamente traicioneros.

Nadie sabe entonces para donde huir. Son como seres dispersos por un territorio que, aunque llamen patria, para ellos no tiene significado completo. Esta forma de decir, patria, está reducido a quienes la explotan y la construyen —o destruyen— a su antojo. Los otros, la mayoría, van por el camino, en la frígida noche, como testigos del misterio y como supervivientes de otros caminos: ellos son el secreto de nuestra nacionalidad.

Gilberto Bello

## ELENCO ARTÍSTICO

Dirección de Fernando Montes.

Actuación de Carlota Llano.